TRAS EL ORIGINAL PERDIDO: MEMORIA E IDENTIDAD DEL EXILIO EN LA OBRA DE MARÍA ROSA LOJO

Marcela Crespo Buiturón
CONICET - Universidad de Buenos Aires

«He cruzado dos veces el Océano y el Río del Olvido.
Por dos veces he tenido que olvidar quién era y quién había sido, y lo que deseaba y lo que temía y ahora soy solamente una niña vieja.
Quien olvida dos veces nada olvida».

María Rosa Lojo, *Finisterre*

PRELIMINARES

Es más que evidente que la obra ficcional de María Rosa Lojo [1] está signada por una notoria preocupación por la cuestión identitaria, la cual sostiene en sus textos una estrecha relación con los procesos de conservación de la memoria colectiva de los pueblos, en especial a los que ella se siente íntimamente ligada no sólo por vínculos de sangre, sino también por afinidad experiencial: la del exilio argentino y el español.

Sus personajes femeninos, protagonistas o no, se erigen como fuertes paradigmas de dicha cuestión en sus ficciones. Desde su primera novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, publicada en el año 1987, hasta su último volumen de relatos, *Cuerpos resplandecientes: Santos populares argentinos*, aparecido en 2007, mujeres argentinas (muchas de ellas de algún colectivo aborigen, como ranqueles, por ejemplo) y gallegas (con algunos lazos irlandeses, por un origen celta en común) han transitado sus páginas abriendo el debate y ensayando una suerte de respuesta a diversas problemáticas que preocupan a la autora: la relación entre ficción y verdad; la pertinencia de algunas antinomias omnipresentes en la literatura latinoamericana en general y argentina en particular, tales como las de civilización-barbarie, lo femenino-lo masculino, etc.; y, como se ha señalado al comienzo, la conflictiva definición tanto de su identidad personal como de su proyección en la colectiva argentina.

Dentro del intrincado y siempre cuestionado universo de la citada cuestión identitaria, Lojo abre un paréntesis enfocando esta propuesta particularmente en el ámbito de lo que ella encierra bajo el genérico nombre de los marginales: exiliados, hijos del exilio, mujeres y habitantes de lugares socio-políticamente periféricos (Argentina, Galicia, Irlanda, etc.). Dentro de los mismos, dedica especial atención a aquellos que se han convertido por obligación o elección en «nómades», clara metáfora de la propia condición humana sobre la Tierra, que será comentada posteriormente.

El propósito del presente trabajo consiste en elaborar y analizar el derrotero de estas ideas en el marco de la tercera de tres obras que pueden considerarse una decidida trilogía en las cuestiones del exilio, la memoria y la identidad: la citada primera novela *Canción perdida...*, *La pasión de los nómades* -publicada siete años después de la anterior: entre ellas han mediado varios volúmenes de poemas y relatos breves-, y *Finisterre* (2005), que se ha constituido en uno de los títulos más logrados de la madurez literaria de la autora.

Como el tema es vasto y arduo, se acotará su tratamiento a ese único texto de la trilogía y a un aspecto que se entiende como particularmente relevante para lo anunciado: la existencia de una multiplicidad de lenguas -entendidas como herramientas esenciales no sólo de la comunicación, sino también de la identidad cultural, con un poder altamente cuestionable- que ocultan otra lengua, más antigua y poderosa, la de la Naturaleza, que es difícilmente accesible para el hombre y cuyo ocultamiento se plantea como punto álgido que, si no impide, al menos problematiza el proceso de identificación del marginal (mujer, exiliado, hijo del exilio), pues propone una serie de nombres sustitutos para aquello que se convierte en un «Original Perdido»; sustitutos que denuncian, de alguna manera, un olvido no logrado; y en una segunda instancia, la participación decisiva del peregrino como sobreviviente que se arroba la misión de constituirse en memoria que rescate ese original y que libere al nómade de su deambular sin sentido ni identidad por el mundo.

LOS MÚLTIPLES NOMBRES DEL «ORIGINAL PERDIDO»

El tópico del «Original Perdido» se ha convertido en un elemento recurrente de la obra de la autora y, en especial, de las tres novelas citadas anteriormente, en las que ha ido adquiriendo progresivamente mayor envergadura hasta proponerse como una preocupación esencial para la problemática identitaria de sus marginales.

Entre estos últimos, es posible destacar un factor común que propicia el encuentro de sus figuras en un mismo ámbito: todos ellos, sean mujeres, exiliados -padres e hijos- o seres social y políticamente periféricos, padecen el mal de la indefinición. Son los depositarios de los más acuciantes cuestionamientos acerca de su pertinente posicionamiento espacial y temporal, así como de su identidad cultural. Son desterrados que deambulan por la Tierra en una búsqueda permanente, en pos del cumplimiento de una utopía que sacrifica sus vivencias presentes en virtud de un futuro imposible: el regreso a un origen perdido.

Iniciando el camino a transitar con Juan Manuel Neira, el exiliado republicano, y sus hijos -los hijos del exilio- de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste;* pasando por los mágicos exiliados celtas de *La pasión de los nómades,* quienes deambulan por la ciudad porteña y la Tierra Adentro -la Pampa argentina- junto a otro no menos exiliado -en este caso, de la Historia Nacional-, el fantasma del coronel de fronteras Lucio V. Mansilla, Lojo culmina el peregrinaje de sus marginales desterrados en el Fin de la Tierra, *Finisterre,* con Elizabeth Armstrong, la hija de un comerciante inglés que fuera capturado por los aborígenes en la Argentina postcolonial y concibiera a la joven mestiza con una mujer ranquel [2].

Elizabeth pasa los años de su adolescencia y primera juventud en Inglaterra, con un único recuerdo de su origen: la envejecida foto de su madre en un pequeño camafeo. Toda memoria de su pasado ha sido borrada deliberadamente por su padre. Parece no haber resquicios para que el olvido venza, pero la irrupción de ciertos personajes, la mayoría femeninos, irán rasgando lentamente las telas que ocultan las formas de la memoria perdida. En especial, Rosalind Kildare Neira, una gallega-irlandesa, que (re)escribirá para ella la historia de su vida, así como la de dos pueblos que se encuentran en la Tierra Adentro: el *huinca* [3] y el ranquel.

Aproximadamente dos décadas antes del nacimiento de Elizabeth Armstrong, su padre, así como la misma Rosalind, padecen el exilio más paradójico en las extensas llanuras australes: ningún muro los contiene, ningún arma los amenaza, sólo la extensión infinita de la Pampa desgarra los lazos que los unieran con su mundo anterior y los convierte en nómades sin tierra propia -o al menos así lo entenderán al comienzo-.

La gallega-irlandesa, viuda e hija de médicos, trabará estrecha relación con el galeno ranquel, el *machi,* y con las mujeres de la tribu. Presa en esa cárcel sin alambradas, pronto irá descubriendo las asombrosas semejanzas entre su mundo perdido y el que ahora la acoge. Detrás de los diferentes nombres de las cosas, vislumbra una esencia inalterada que asegura la supremacía de la Tierra frente al poder de los hombres que se la disputan:

> Todos los cauces tendrían que cerrarse y que secarse [...] como se secaba y desaparecía la sangre de los vivos y de los muertos en el espejo imperturbable de aquella tierra, que no se afanaba en retener ningún reflejo, que renacía siempre igual a sí misma, continua y sin memoria (p. 53).

La Tierra, para Lojo, es una realidad que, como en su reformulación de la noción de símbolo (Crespo Buiturón, 2008), deja convivir a los opuestos: se mueve, renace, pero permanece imperturbable, idéntica a sí misma. Ese cambio que implicaría el renacer ve compensado su efecto con la permanencia de su estado. Pero la que resulta novedosa es la propuesta de la autora con respecto a la carencia de memoria: lo esencial no la necesita porque no se pierde. Sólo el hombre, reflejo y fantasma, padece -aparentemente- la expulsión vital, espacial o temporal.

Rosalind intenta retener en su memoria los paisajes montañosos y los olores de su tierra natal hasta que percibe con una hondura casi ontológica la identidad -oculta detrás de los nombres- entre aquella y la inmensa llanura que es la Tierra Adentro, acunadas ambas por los cantos de las mujeres -brujas gallegas y machis ranqueles- y siempre acechadas por el ojo sin pupila de la Luna:

> En la montaña, como en la llanura, los muertos fosforecen. Son puntas de ascuas, tizones de un fogón que nunca se apaga, fanales que guían los pasos del peregrino, volvoretas cuyas alas reflejan los últimos colores.
> En la montaña, como en la llanura, está la luna.
> [...] Ese ojo único y desorbitado guarda en su lado oscuro la sombra de los que habitan del envés de la Tierra. (p. 175).

Los mismos personajes de Lojo atestiguan esa identidad, pues son seres que perciben su existencia como escindida entre dos espacios y dos tiempos, entre su lugar de nacimiento y el de acogida, entre el pasado añorado y el presente supuestamente ajeno. Ellos mismos presentan en sí mismos las dos caras de la Luna, el lado iluminado y otro oscuro:

> Se despojó de la bata de mañana, de la camisa de seda y hasta de las medias. Se soltó el pelo y levantó los brazos. En la puerta espejo del gran ropero la piel era dos o tres tonos más morena que las habituales pieles inglesas, y en la cabeza, el pubis y las axilas, un brillo obstinadamente negro resistía, compacto, contra la luz de Londres. Apoyó las manos sobre el reflejo, casi hasta lastimarse, como si esa puerta cerrada pudiera ceder y abrirle una brecha hacia otro lado del espacio y del tiempo, como si buscase, adentro o detrás de esas aguas refractarias y frías, el paisaje que en verdad correspondía a esa piel y ese pelo, o acaso el cuerpo de su madre, anulado o neutralizado por el dictamen caprichoso de dos ojos azules. (p. 31).

De igual manera, cada personaje, cada uno de sus marginales, posee al menos dos nombres, huella imborrable de cada lado que, en un principio, parecen luchar uno contra otro en un intento de supervivencia ante la fuerza despiadada del olvido. Elizabeth Armstrong es *Aluminé*, la Resplandeciente; *Garza Que Vuela Sola*, su madre, es rebautizada como Ignacia; el mismo Oliver Armstrong, su padre, quien más lucha por eliminar todo rastro de la memoria rioplatense en su hija, también es *Flamenco Amarillo*, el que le hablaba tanto en inglés, como en castellano y en mapudungun [4] a los caballos que lo ayudarían a escapar de los ranqueles.

Y esa dualidad, rechazada en un comienzo, es la que perdurará y dejará que los dos lados opuestos convivan armoniosamente por haber alcanzado la conciencia de su identidad. Al ser tomada prisionera por los ranqueles, Rosalind no aceptará de buen grado su otro nombre:

> - ¿Qué van a hacer conmigo?
> - ¿Cómo te llamas? -preguntó, como si no hubiese oído-.
> - Rosalind.
> - Eso no significa nada, no sirve. Voy a darte un nombre adecuado. «Pregunta siempre» estará bien.
> - No quiero llamarme así. Nadie me llama así en mi tierra. (p. 51).

Sin embargo, ya de regreso en Galicia, mientras escribe cartas desde el Fin del Mundo a Elizabeth, reconstruyendo la historia olvidada, se reconoce a sí misma en esa duplicidad:

> Y cuando estoy de pie, sobre el acantilado, bajo el faro del fin de la tierra, con las ropas transidas por la lluvia inversa de las olas, soy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte. (p. 181).

De alguna manera, los dos nombres se complementan como lo harían alquímicamente la materia de una cosa y su espíritu secreto, su utilidad (Wahnón, 1995).

Pero así como el hombre oculta detrás del discurso la esencia de las cosas, de igual modo puede intentar descubrirlas elevando la experiencia del mundo a la articulación de ese mismo discurso. Rosalind, paradigma del ser humano en cuanto sujeto hablante (Ricoeur, 1975), recupera con sus escritos a Elizabeth dicha esencia con igual herramienta, dual como los habitantes de la Tierra:

> Cuando terminó de leer esas líneas ya estaba lejos de su habitación en la casa londinense. [...]
> Por un momento fue otra vez una niña muy pequeña, deslumbrada por la luz de un invierno sin nieve, envuelta en pieles de tacto suave y olor fuerte a cuero recién curtido, mirando una llanura tan ancha como el cielo. (p. 16).

La propuesta, aparentemente simple, es realmente compleja. Porque, como sostiene Foucault (1968), el lenguaje oculta más de lo que manifiesta, ya que las palabras «dejaron de entrecruzarse con las representaciones y de cuadricular espontáneamente el conocimiento de las cosas» (p. 296). Y porque, completando la idea con Mallarmé, la palabra misma es la que habla desde su ser enigmático y precario.

¿Cómo puede acceder el hombre, entonces, a ese «Original Perdido», si este no es contemporáneo a su existencia finita, si sólo puede acceder, como ante un espejo, a una de las tantas representaciones, a un reflejo lejano que se afana por acercarse a lo esencial?

La tácita respuesta de Lojo apunta a revalorizar, desde aquellas palabras más antiguas que la memoria humana, el vínculo del hombre con lo sagrado. Es una cruzada que no pretende destronar el espíritu moderno, sino, en cambio,

conciliarlo con las fuerzas primigenias de la Naturaleza, aunar las directrices antitéticas de la arqueología del sujeto (desmitificadora) con la fenomenología del espíritu (remitificadora) en un intento por integrar ambas en una visión que reconozca la doble significación del simbolismo que supone cada palabra (Ricoeur, 1975).

Para ello, ha elegido a sus marginales, sobre todo, a mujeres peregrinas -las nómades ranqueles, las inmigrantes y/o exiliadas- que se abocarán a la ardua tarea de restituir ese lazo:

> Ese momento no ha terminado todavía, dura hasta hoy, inmortal y vestido de gloria y también disonante y terrible como un coro de cantos de linaje: ésos que entonan las mujeres de la tierra para decirles a los hombres de quién descienden y a dónde pertenecen, y por qué se emparientan con las águilas o los pumas o los ríos, o las vetas de oro de la luz y de la roca. (pp. 107-108).

Lo sagrado, que se cifra en ese pacto silencioso entre el hombre y la Naturaleza, es lo que restituirá si no el «Original Perdido», al menos el equilibrio que este habría de asegurar. Entre los personajes de Lojo, sólo los peregrinos, los nómades, son capaces de alcanzar este equilibrio, pues son los únicos que re(conocen) las dos fuentes del saber (la huinca y la ranquel; la argentina y la española; la inglesa y la irlandesa; etc.) por su andar errático por el mundo, los que recuerdan, los que -de diversas formas- encarnan la memoria de la Humanidad.

El lenguaje, para ellos, tras un difícilmente superable ocultamiento, adquiere un verdadero potencial revelador, especialmente el lenguaje poético, aunque no todos lo dominen:

> ...La poesía es una forma de verdad. De alguna manera, y una vez transfigurados en hexámetros, los cuartos de mi Botany Bay son un patio griego, y la cerveza agria sabe a vino perfumado.
> - Pero también la sopa de coles y la cerveza son verdaderas.
> - También, claro. Creo que llegamos a la sabiduría cuando vemos y aceptamos las dos caras de la moneda. La inevitable duplicidad o multiplicidad de lo real, Miss Armstrong. He aquí el concepto.
> - Sus conceptos son muy escurridizos. ¿En qué quedamos, entonces? ¿En que la verdad y la bella retórica no se oponen?
> Usted lo ha dicho. La realidad es un dragón de varias caras. No todos quieren verlas. (pp. 44-45).

Pero los peregrinos de Lojo no responden a la figura que ha propuesto la subjetividad moderna, que de alguna manera se constituye en estrategia para construir una identidad coherente (Bauman, 1996) por sus «articulaciones de sentido derivadas del contraste entre lo mismo y lo diferente» (Nouzeilles, p. 163). Tampoco pueden incluirse en ninguna de las categorías que propone Theodor Roosevelt en su *Through the Brazilian Wilderness:* No son viajeros costeros que no abandonan nunca la seguridad de los barcos, ni del tipo de los que sí llegan a las ciudades coloniales del interior a costa del sacrificio de algunas comodidades. Tampoco son exploradores en busca de aventuras. Son, en cambio, incursionistas que hurgan tanto en el espacio como en el tiempo, buscando comprender esa duplicidad de lo real de la cual son partícipes, a la que hacía referencia Oscar Wilde (personaje de Lojo) en la conversación que sostiene con Elizabeth citada anteriormente, y que se evidencia simbólicamente en los ojos de Frederick Barrymore:

> Los ojos del señor Barrymore, pensaba Elizabeth, tenían ese color raro y dudoso. ¿Y qué color tendría por dentro su memoria? ¿De qué estaría hecha? ¿De enormes espacios vacíos, cruzados por caravanas de fantasmas con caras invisibles? ¿De ciudades donde los hombres vestían y vivían de maneras desconocidas? También de huecos lentos y tranquilos como agua de pozo, donde se reflejarían las estrellas de cielos que ella no había visto o que había olvidado, y sobre todo, la verdadera cara de Frederick Barrymore, que era varias personas o por lo menos dos. (p. 66).

Elizabeth comienza su incursión a través de los ojos de ese otro personaje que vive entre las dos orillas y de cuya mano cruzará el océano que los separa, en pos de esos otros cielos y de esa otra cara, borrados por el olvido, que son también los propios, porque los espacios vacíos que imagina en la memoria de Barrymore son, en realidad, los que intuye en la suya.

Los peregrinos de Lojo son, finalmente, sobrevivientes -en esto sí que se parecen a los viajeros que dibuja la tradición narrativa de mediados del siglo XIX- que regresan del fin del mundo, pero con una variante: también provienen de otro fin del mundo. Rosalind, que en esta novela será la peregrina por excelencia, parte de Finisterre hacia la Pampa argentina. El centro, para ella, como para los marginales en general de esta autora, tiene forma de borde.

CONCLUSIONES

El «Original Perdido» de Lojo se intuye cercano, tal vez a la vuelta de la esquina, en la proa o popa de un barco, en la inmensa redondez del mar y de la Pampa infinitos, en la sal marina que circula en el curso de un río secreto que atraviesa la llanura, en el movimiento de las olas, cual hierbas que mece el viento pampeano.

El canto de las *machis* ranqueles o de las *meigas* gallegas lo acechan, en un intento de preservarlo del olvido y de devolverle al desterrado su comunión con la Tierra.

Para Lojo todos los seres humanos son, de alguna manera, una suerte de desterrados. Si bien, al comienzo de su obra narrativa, enfocó esta problemática traduciéndola en la imagen del *exiliado* -especialmente el republicano-, progresivamente fue alcanzando parámetros más vastos con la de *nómade*, hasta culminar en la de *peregrino*, con todas las salvedades comentadas anteriormente.

Porque todos, en última instancia «tarde o temprano, alguna vez llegamos a Finisterre. Al Finis Terrae: al límite del mundo familiar, de la realidad que creemos conocer, por dentro o por fuera de nosotros mismos» (Lojo, p. 11) y todos arribamos a él iniciando nuestro propio camino de Finisterre «hasta alcanzar los bordes del mundo seguro y acotado» (p. 11) y asomándonos al lado ciego de nuestras vidas.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERMANN, Jens: *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

ARANCIBIA, Juana, FILER, Malva y TEZANOS-PINTO, Rosa (eds.): *María Rosa Lojo: La reunión de lejanías*, Buenos Aires, ILCH, 2007.

BARTHES, R.: *El imperio de los signos*, Barcelona, Mondadori, 1991.

BAUMAN, Zygmunt: «From Pilgrim to Tourist -or a Short History of Identity» en HALL, Stuart and DU GAY, Paul (eds.): *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996.

BENJAMIN, W.: «Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres» en *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971, pp. 145-165.

CRESPO BUITURÓN, Marcela: *Andar por los bordes. Entre la Historia y la Ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009. <www.cervantesvirtual.com>.

FOUCAULT, M.: *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1968.

LOJO, María Rosa: *Finisterre*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

NIETZSCHE, F.: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990.

NOUZEILLES, Gabriela (comp.): *La naturaleza en disputa: Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

O'GORMAN, Edmundo: *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

RICOEUR, Paul: *La metáfora viva*, Madrid, Trotta, 2001[2] [1975].

SALEM, Diana: «La ficción como método de conocimiento», *Alba de América*, vol. 20, núms. 37 y 38, julio 2001, pp. 405-413.

SOPER, Kate: *What is Nature? Culture, Politics and the Non-Human*, Oxford, Backwell, 1995.

WAHNÓN, Sultana: *Lenguaje y Literatura*, Barcelona, Octaedro, 1995.

NOTAS

1. Para mayores datos sobre esta autora, consultar www.mariarosalojo.com.ar

2. He desarrollado la temática del exilio en la obra de María Rosa Lojo en mi tesis doctoral (Crespo Buiturón, 2008.)

3. Palabra ranquel que designa al hombre blanco.

4. Mapudungun -literalmente «el hablar de la tierra»- es el idioma de los mapuches, de cuya cultura forman parte los ranqueles.